

XXVI Domingo Tiempo ordinario

Números 11, 25-29; Santiago. 5, 1-6; Marcos. 9, 38-43. 45. 47-48

«El que no está contra nosotros, está por nosotros»

30 Septiembre 2012 P. Carlos Padilla Esteban

« Cuando nos sentimos libres y contentos con lo que tenemos, dejamos de envidiar otras vidas y no deseamos lo que no poseemos »

Cuando somos capaces de alegrarnos con los talentos de los otros, con sus éxitos y con su suerte, seguro que vivimos con paz. No obstante, ¡con qué poca frecuencia sucede! ¡Cuánto nos cuesta alegrarnos con los éxitos ajenos, con esas virtudes que los demás poseen y que destacan más que las nuestras! La envidia es un mal muy extendido y nos confesamos con frecuencia de ser envidiosos. ¿Nacemos con envidia? ¿Nos vamos haciendo envidiosos en el camino, en la medida en que la vida nos prueba y experimentamos el rechazo y el juicio? Lo cierto es que la envidia no es sana para el alma, aunque sea un pecado muy habitual. Decía San Basilio Magno: *«Pues así como el óxido corroe el hierro, así corroe la envidia el alma que le padece»*. Cuando la vida no resulta como queremos y dejamos de ver la belleza de nuestra propia realidad, cuando tropezamos una y otra vez sin avanzar y no logramos ser lo que de verdad quisiéramos alcanzar, acabamos sufriendo por llevar la vida que llevamos. En esos momentos, puede surgir la envidia al mirar otras vidas que sí son exitosas, vidas aparentemente logradas. Al escuchar que a otros les va mejor que a nosotros y ver aquellos triunfos que hacen palidecer nuestra mediocridad, nos sentimos acomplejados. ¿Puede estar justificada entonces la envidia? ¿No es acaso normal que envidiemos lo que no poseemos? Sí, es habitual desear lo que nos falta, pero no por ello es sano vivir con envidia. Pero a veces creemos que es normal ser envidiosos y nos justificamos pensando que todos tienen envidia de alguien. No obstante, la envidia corroe el alma. Nos lleva a la crítica, a los malos pensamientos, al desánimo, a la amargura, a dejar de luchar. Sí, nos corroe por dentro. Tal vez sea necesario, como paso previo, estar contentos con lo que tenemos y agradecer. Hace poco leía: *«Bueno será que hagamos lo que amamos y amemos lo que hacemos. Pienso que se es inteligente cuando uno mismo es capaz de propiciarse su propia motivación, su razón de ser y alegría, cuando se atreve a trascender y a vivir de forma plena»*¹. Si vivimos así será raro que caigamos en la envidia. Nos gustará nuestra vida y lo que hacemos. Disfrutaremos con la realidad aceptando sus cruces. **Cuando nos sentimos libres dejamos de envidiar otras vidas y no deseamos lo que no poseemos.**

No obstante, no siempre estamos contentos con la vida que llevamos. Nos rebelamos contra el presente y buscamos, envidiando, al culpable. Buscamos fuera de nosotros razones que expliquen nuestra desazón. Queremos responsables que solucionen inmediatamente lo que nosotros no podemos arreglar solos. Nos parece injusto el mundo, la vida, y nos molesta que otros vivan vidas aparentemente plenas y felices, mejores que las nuestras. Es necesario hacer un proceso difícil, pero sanador, un camino que nos libere de la envidia. Una persona me comentaba cómo había ido creciendo en su autocomprensión: *«Sé y quiero pensar que mis años vividos no son producto de casualidades, y en gran medida, lo he elegido yo así. No puedo ponerme de víctima de una “fuerza maligna” que me impide conseguir lo que tanto anhelo. Hoy siento en mi corazón que lo acontecido tenía que ser así. Que todo forma parte de mi proceso vital y sanación y liberación interior. Y que tengo aún mucho por vivir»*. No hay

¹ Javier Urra, “¿Qué se le puede pedir a la vida?”, 47

culpables externos. Los demás no tienen la culpa de todo. La responsabilidad no es de una fuerza maligna empeñada en nuestra infelicidad. No. La vida no es así. Comprender que tenemos la vida que nos toca vivir es un paso de madurez. Ver que la vida es bella es un camino de conversión. Por eso todo cambia si entendemos que las tensiones, las crisis, las cruces, los fracasos, son oportunidades y no barreras que nos impiden crecer. Jean Vanier decía: *«Toda tensión, toda crisis, puede ser ocasión de vida nueva si la abordamos con sabiduría; si no, puede traer consigo muerte y división»*. Entender así la realidad hace la vida más fácil. Cuando los obstáculos nos bloquean, dejamos de ver una salida en nuestra vida. **Lo importante es ir paso a paso, sin miedo, confiando, sin envidiar lo que no tenemos.**

Hoy nos llama la atención la envidia de quienes son hombres de Dios. En primer lugar, Josué: *«Un muchacho corrió a anunciar a Moisés: -Eldad y Medad están profetizando en el campamento. Josué, hijo de Nun, que estaba al servicio de Moisés desde su mocedad, respondió y dijo: - Mi señor Moisés, prohibeselo»*. Surge la envidia en su corazón al ver que Dios regala su espíritu a quienes Él quiere. Josué tiene envidia. No puede soportar que otros reciban el mismo Espíritu de Dios. Igualmente Juan tiene envidia de los que expulsan demonios en nombre de Jesús. Parece que no quiere compartir con nadie lo que posee: *«Juan le dijo: - Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y no viene con nosotros y tratamos de impedirselo porque no venía con nosotros»*. No hay unidad. La envidia siempre divide. Nos sorprende que hombres santos puedan sentir envidia hacia otros que obran el bien, cuando ellos mismos también son instrumentos de ese mismo bien. Sin embargo, es más común de lo que pensamos. La Iglesia siempre es santa y pecadora. Y el pecado de la envidia está muy presente. El demonio divide y, cuando divide, se hace fuerte. Mientras tanto, la Iglesia, dividida en sus entrañas, se debilita. Moisés ayuda a Josué a entender las cosas de forma adecuada: *«Le respondió Moisés: - ¿Es que estás celoso por mí? ¿Quién me diera que todo el pueblo del Señor profetizara porque el Señor les daba su espíritu?»* Y Jesús aclara una gran verdad a Juan: *«Pero Jesús dijo: - No se lo impedáis, pues no hay nadie que obre un milagro invocando mi nombre y que luego sea capaz de hablar mal de mí. Pues el que no está contra nosotros, está por nosotros»*. Surge la envidia en el corazón de hombres de Dios y esa realidad nos incomoda. Pero, ¿acaso no caemos nosotros también en envidias por motivos religiosos? Muchas veces les impedimos a otros que actúen, porque tememos perder importancia, porque no nos gusta compartir el protagonismo, porque queremos dejar nuestro nombre escrito en el libro de la vida. Y surge la envidia. Envidiamos entonces a otros que viven la fe de forma distinta y los apartamos, como si no fueran de Cristo. Envidiamos los éxitos apostólicos que otros tienen y ponemos en tela de juicio su método y su coherencia de vida. Juan tiene envidia de los que obran milagros. Josué tiene envidia de los que profetizan con el Espíritu de Dios. Nos cuesta alegrarnos con el bien que otros reciben en sus vidas, con las alegrías que Dios les regala, con el bien que otros hacen por el hombre. Nos olvidamos de algo esencial, todos remamos en la misma dirección, pertenecemos al corazón de Cristo. Rechazamos a los que pertenecen a otras confesiones, criticamos a los que creen otras cosas, condenamos y juzgamos antes que Dios lo haga. Nos erigimos en jueces del mundo. **Nos creemos en posesión de la verdad absoluta y nos volvemos intransigentes.**

Quisiéramos tener una mirada atenta hacia el que se encuentra fuera de la Iglesia, hacia los que tienen otras creencias, hacia los que buscan a Dios sin saberlo. Hoy la Iglesia es juzgada por su intransigencia, por su intolerancia, porque no se abre al pecador y no tiene misericordia. Pero no es así en realidad. Cristo siempre es misericordioso con el pecador. Cristo perdona y abraza. La Iglesia perdona y hace el bien. El bien es difusivo y todo el bien que hagamos despertará bondad en los que lo reciban. El bien de los creyentes, el bien en el nombre de Cristo, es un bien que contribuye a redimir al hombre. Decía Benedicto XVI sobre la redención: *«La bondad del hombre no es cuantificable. El cristianismo es un árbol que puede derribarse y cortarse. La Redención ha sido confiada a la libertad del hombre, y Dios nunca*

privará al hombre de su libertad. La Redención está contenida en el frágil recipiente de la libertad humana»². Está en nuestras manos dar la vida para que el hombre viva, hacer el bien para sanar los corazones. Benedicto XVI añade: «La misma razón del hombre lleva inscrita la exigencia de «lo que vale y permanece siempre». Esta exigencia constituye una invitación permanente, inscrita indeleblemente en el corazón humano, a ponerse en camino para encontrar a Aquel que no buscaríamos si no hubiera ya venido. La fe nos invita y nos abre totalmente a este encuentro»³. **En el hombre que hace el bien se encuentra sembrada la semilla de la eternidad, el deseo de una vida plena y lograda. Ese hombre se pone en camino.**

En ocasiones hablamos de otro tipo de envidia, de la llamada envidia sana. Hablamos de este tipo de envidia cuando sentimos que los valores o situaciones que otros poseen despiertan en nosotros el deseo de crecer y de avanzar en la dirección deseada. La envidia sana no es envidia porque no nos lleva al mal, sino que nos anima en la lucha de la vida. El ver la belleza de otras vidas no siempre despierta envidia, no siempre nos corroe el alma y nos hace pecar; en ocasiones lo que puede despertar es el deseo de vivir de otra manera, el deseo de crecer y subir más alto. Dicen que el cristianismo se contagia por envidia. Cuando deseamos la vida que otros llevan, su madurez para enfrentar las dificultades, su valentía para afrontar los desafíos, esa paz en las dificultades, ese deseo nos lleva a querer cambiar. Esa envidia es buena, porque nos anima a luchar más y a ser mejores. Al fin y al cabo, como decía el protagonista de la película «Un lugar para soñar»: «A veces sólo necesitamos 20 segundos de valentía y te aseguro que el resultado puede ser magnífico». Veinte segundos para cambiar de vida e iniciar un nuevo rumbo, veinte segundos para tomar decisiones importantes y sabias, veinte segundos para ser audaces. Y luego, toda una vida para ser fieles. Esa envidia sana no nos hace desear el mal, ni querer desposeer a otros de lo que tienen. Al contrario. Cuando observamos la belleza en el mundo, en otras vidas, despertamos y queremos una vida así. Porque la contemplación de una vida bella atrae y anima. ¿Es nuestra vida bella? Tal vez pensamos con modestia: «No, ¡estamos tan lejos del ideal!» Pero no es tan cierto. Para alcanzar la cumbre de un pico de miles de metros de altura, tenemos que detenernos en cumbres más pequeñas, desde las cuales la cumbre final parece inalcanzable y la base inicial que abandonamos nos parece ya muy lejana. Así es en la vida. Todavía no somos tan bellos como podemos llegar a ser. Pero estamos en camino. **La vida puede ser muy bella. Nuestra vida puede ser bella y despertar el bien.**

El ideal siempre brilla y se manifiesta en aquellas personas que tiene una luz especial. Me llamaba el comentario de una niña que leía hace poco: «La niña tironeó de la falda de su madre y le preguntó: -Mami, ¿por qué algunas de las personas en la Iglesia tienen luces sobre la cabeza, y otras no?»⁴ Dios regala su luz y su gracia donde Él quiere y a quien quiere. A veces vemos que otros brillan más que nosotros con la luz que procede de Dios, y nos parece injusto. Pensamos en la parábola de los talentos y sólo nos consuela que ellos tendrán que llevarle más al Señor cuando llegue. Pero puede ser que nuestra mirada no nos deje apreciar nuestros propios dones y talentos. En esos momentos de desánimo tenemos que optar. Podemos dejarnos llevar por la envidia y amargarnos, o, por el contrario, dejar que la envidia sana nos motive y nos lleve a luchar. Queremos cambiar esa forma negativa que a veces tenemos de mirar la vida. Cuando nos alejamos de Dios, cuando nos apegamos a la tierra, nos alejamos de las cumbres y dejamos de soñar. Ya no confiamos y no estamos dispuestos a saltar. Ojalá pudiéramos hacer que las palabras del salmo alegraran siempre el alma: «Los mandatos del Señor alegran el corazón. El precepto del Señor es fiel e instruye al ignorante. La voluntad del Señor es pura y eternamente estable; los mandamientos del Señor son verdaderos y eternamente justos. Aunque tu siervo vigila para guardarlos con cuidado, ¿quién conoce sus faltas? Absuélveme de lo que se me oculta. Preserva a tu siervo de la arrogancia, para que

² Joseph Ratzinger, “La sal de la tierra”, 236

³ Benedicto XVI, “Porta fidei”, carta apostólica

⁴ Todd Burpo, “El cielo es real”, 123

no me domine: así quedaré libre e inocente del gran pecado» Sal 18, 8. 10. 12-13. 14. Suele ser muy común que cada día nos enfrentemos a las tareas cotidianas y pensemos: « ¡Cuántas cosas tengo que hacer hoy!». Nos llenamos de deberes y dejamos de disfrutar del momento, de la vida y de las personas. Nos hacemos esclavos. Entonces el ideal ya no nos alegra, porque se convierte en una exigencia constante, en una obligación. Y pensamos: tenemos que trabajar, cuidar a los hijos, amar a las personas. La obligación manda en nuestra vida y perdemos la ilusión. Sentimos que todo lo que hay en nuestra agenda es un «Tengo que» y perdemos la sonrisa. Decía el P. Kentenich: «El esclavo sólo rema mientras el capataz empuña su látigo. El hijo en cambio trabaja porque puede trabajar. El hijo hace las alegrías de su padre, se porta bien porque sabe que así lo desea su progenitor. He aquí la actitud generosa, la de los santos, la del verdadero y genuino hijo de Dios»⁵. Cuando somos hijos libres actuamos movidos por el amor que Dios nos tiene. Dejamos de ver a un Dios exigente que pide resultados y vemos a un Padre que nos abraza. ¿Es posible cambiar el verbo con el que conjugamos la vida? En lugar de «tener que» podemos introducir el verbo «querer». Es un cambio sutil pero importante. **Para que esto ocurra es necesario cambiar nuestra forma de pensar y nuestras creencias.**

Tal vez necesitamos que venga el Espíritu de Dios sobre nosotros para poder conjugar adecuadamente el verbo querer. Así tendremos más luz y nuestra fe aumentará. Hoy escuchamos: «En aquellos días bajó el Señor en la Nube y le habló. Luego tomó algo del espíritu que había en él y se lo dio a los setenta ancianos. Y en cuanto reposó sobre ellos el espíritu, se pusieron a profetizar, pero ya no volvieron a hacerlo más. Habían quedado en el campamento dos hombres, uno llamado Eldad y el otro Medad. Reposó también sobre ellos el espíritu, pues aunque no habían salido a la Tienda, eran de los designados. Y profetizaban en el campamento» Números 11, 25-29. La fe es un don que hay que pedir cada día para manifestar el amor de Dios. Necesitamos el Espíritu de Dios que nos dé vida. Decía Benedicto XVI: «Con su misma existencia en el mundo, los cristianos están llamados efectivamente a hacer resplandecer la Palabra de verdad que el Señor Jesús nos dejó»⁶. Por la fe que recibimos somos capaces de cambiar de vida y nos hacemos dóciles instrumentos. Por esa fe que recibimos, y nos hace nacer de nuevo, somos iluminados y recibimos una luz que no es nuestra. Surge todo por un acto de fe. Creer o no creer en lo que Dios ha soñado para nuestra vida; creer como niños o no creer, **creer en la fuerza del Espíritu que nos cubre. Porque Dios actúa donde quiere y sobre quien quiere.**

Todo lo que hagamos en el nombre de Cristo tendrá entonces su fruto. Hoy escuchamos: «Todo aquel que os dé de beber un vaso de agua por el hecho de que sois de Cristo, os aseguro que no perderá su recompensa». Todo el bien que hagamos en el nombre de Cristo produce la vida eterna, aunque sea un sencillito vaso de agua. Decía San Beda: «En esto nos dice que no sólo no nos opongamos al bien de cualquier parte que venga, sino que por el contrario le procuremos cuando no exista». El bien en sí mismo da vida y produce frutos. Pero es un bien unido a Cristo. ¿Todo lo que hacemos está unido a la vida de Cristo? Cuando vivimos en oración, cuando nuestra vida está ligada a Dios, es fácil hablar de esos frutos que proceden de Dios. No obstante, muchas veces nos falta el amor de Dios, ese amor que despierta nuestro corazón. El P. Kentenich señalaba lo pobre e intelectual que es muchas veces nuestra oración: «Comprendo muy bien a aquel que me dice que nunca se siente junto a Dios, pero que tiene pensamientos religiosos. Uno puede tener un montón de pensamientos religiosos. Tomemos como ejemplo la oración. Si nuestra oración se agota en pensar religiosamente, entonces ya no es oración. Puedo tener pensamientos religiosos todos los días sin que se transforme mi interior; orar significa, en cambio, amar. ¿Y qué es la santidad? ¡Es el amor del niño al padre!»⁷ Rezamos a un Dios que ha quedado reducido a una bonita idea. Un Dios ausente de nuestro día a día. Decía el Santo Cura de Ars: «La oración es la elevación de nuestro corazón a Dios, una dulce conversación entre la criatura y su Creador». **Queremos que Dios nos regale esa conversación de corazón**

⁵ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 62

⁶ Benedicto XVI, “Porta fidei”, carta apostólica

⁷ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 61

a corazón, ese encuentro profundo que nos pacifica.

Al mismo tiempo, todo lo que hacemos lejos de Dios, todo el mal que realizamos, no resulta indiferente para los hombres. ¡Cuánto daño causa el escándalo! Sobre todo cuando los que escandalizan son los que están llamados a dar luz por su vocación en Cristo: *«Y al que escandalice a uno de estos pequeños que creen, mejor le es que le pongan al cuello una de estas piedras de molino que mueven los asnos y que le echen al mar»*. El escándalo produce un daño profundo en el alma de los hijos de Dios. Decía San Beda: *«Por tanto debemos ocuparnos principalmente de los que son pequeños en la fe, para que por causa nuestra no se ofendan y se aparten de la fe, perdiendo la salvación»*. El escándalo sucede cuando nuestra vida no se corresponde con el ideal al que decimos aspirar. Jesús detalla los escándalos. Primero habla del escándalo provocado con nuestras manos: *«Y si tu mano derecha te es ocasión de pecado, córtatela. Más vale que entres manco en la Vida que, con las dos manos, ir al infierno, al fuego que no se apaga»*. Nuestras manos pueden estar llenas de ira, de odio, de rabia. Pueden ser impuras y hacer daño a las almas puras. Nuestras manos pueden apegarse a la tierra egoístamente, pueden retener los bienes sin compartirlos, pueden guardar con avaricia. Decía Richard Gere en una entrevista: *«No tengo ningún problema con los millonarios ni con las personas de éxito, sino con la codicia. Con quienes se creen con derecho a tenerlo todo»*. Cuando nos aferramos a los bienes, cuando codiciamos de forma desordenada, somos motivo de escándalo. Estamos llamados a brillar como una luz que no se oculta bajo el celemín. Sin embargo, cuando caemos en la avaricia, cuando deseamos retener todo lo que tocamos, cuando somos injustos, cuando manipulamos las conciencias queriéndolas llevar a nuestro terreno, escandalizamos. Las palabras de Santiago nos hacen ver esa realidad: *«Ahora bien, vosotros, ricos, llorad y dad alaridos por las desgracias que están para caer sobre vosotros. Vuestra riqueza está podrida y vuestros vestidos están apolillados; vuestro oro y vuestra plata están tomados de herrumbre y su herrumbre será testimonio contra vosotros y devorará a vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado riquezas en estos días que son los últimos. Mirad; el salario que no habéis pagado a los obreros que segaron vuestros campos está gritando; y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido sobre la tierra regaladamente y os habéis entregado a los placeres; habéis hartado vuestros corazones en el día de la matanza. Condenasteis y matasteis al justo; él no os resistió»* Santiago. 5, 1-6. Vivimos una época de crisis. Crisis económica y de valores. Crisis en la que los corazones se remueven. Nos atamos a la vida y nos cuesta renunciar a lo que disfrutamos. Nos volvemos egoístas. Vivimos con miedo por el futuro incierto. En esta época, con mayor razón, queremos brillar por el bien que hacemos. **Queremos que nuestra generosidad sea para otros un camino de salvación.**

Jesús incluye en el escándalo los pecados provocados por nuestro pie: *«Y si tu pie te es ocasión de pecado, córtatelo. Más vale que entres cojo en la Vida que, con los dos pies, ser arrojado al infierno»*. Nuestro pie peca cuando nuestro caminar no toma en cuenta a los hombres. Cuando pasamos por delante de ellos sin valorarlos. Cuando con nuestras prisas no tenemos un orden claro de prioridades. Cuando no nos detenemos a vivir en el presente y descubrir al Dios de la vida, cuando pasamos de puntillas por la vida sin comprometernos. **Por último, se refiere Jesús al pecado que viene con nuestra mirada:** *«Y si tu ojo te es ocasión de pecado, sácatelo. Más vale que entres con un solo ojo en el Reino de Dios que, con los dos ojos, ser arrojado al infierno, donde su gusano no muere y el fuego no se apaga»* Marcos. 9, 38-43. 45. 47-48. Nuestro ojo peca cuando mira con desprecio, cuando no toma en cuenta a ciertas personas, cuando juzga sin palabras. Nuestro ojo peca cuando se detiene en lo que no eleva el espíritu y no conduce al bien. Cuando ve el mal en las personas y es incapaz de descubrir su bondad. ¡Ojalá tuviéramos la mirada de Jesús, sus mismos ojos! ¡Ojalá recibiéramos los ojos de María para mirar con ternura el corazón de los hombres! Nuestro pecado, nuestras incoherencias, nuestras torpezas, dañan al hombre. Es el escándalo que confunde. Somos responsables por la gente que se nos confía y tenemos que cuidar ese don recibido. Todo el bien que hacemos dignifica al hombre. **Todo el mal que provocamos impide que los hombres puedan descubrir a Dios mirando nuestra vida.**